

Las sonrisas

Laura Elizia Haubert

Mamá siempre decía que las sonrisas muestran almas. Estaba obsesionada con la forma en que los labios de carne roja se separan para mostrar los primitivos dientes amarillos y la suciedad atrapada entre ellos. Tanto le gustaban las sonrisas que no recuerdo ninguna fotografía en la que su rostro no estuviera teñido por ese eros.

La sonrisa de mamá, que en ese entonces me parecía tan íntima y verdadera, de repente reveló ante mis ojos su falsedad. En realidad, su falsedad fue la primera certeza que tuve en mi vida, una certeza nutrida y flaca de que, además de su sonrisa, todo en mamá era falso; es decir, su vida era una gran farsa, un teatro discreto. De ella heredé esa misma obsesión por las sonrisas.

El día que descubrí su falsedad, yo tenía ocho años. Estaba sentada en las escaleras, más precisamente en el duodécimo escalón, escondida, con las rodillas rojas y doloridas por haber intentado infiltrarme desesperadamente en la sala de espera de mi abuela.

En esa época, todas vivíamos juntas: la abuela, mamá y yo. Nuestra casa era la única de la calle habitada sólo por mujeres, y esto provocaba cierta desconfianza entre los vecinos. Además, la abuela era adivina, hecho que despertaba sospechas por sí mismo.

Recuerdo que la abuela usaba un turbante porque decía que a los turistas les gustaba, y ella los amaba más que a cualquier compatriota. Quizá este cariño se debía a que los extranjeros nunca quedaban descontentos con sus predicciones; por lo general, simpatizaban, sonreían mucho y apretaban gustosos las manos de mi abuela después de las consultas. Aún mejor que eso, le pagaban con láminas de colores y de distintas formas que la volvían muy agradecida. Decía que eso era algo sagrado y, luego, salía corriendo a resguardar su plata.

En casa la plata era un Dios del que no hablábamos nunca.

Hoy pienso que la farsa de todo debe haber comenzado con la abuela, con su ropa roja y púrpura, y esos zapatos de punta que sonaban como una caricatura de no sé quién. En los días buenos, cuando muchos extranjeros pasaban por la recepción, ella levantaba sus faldas dando las gracias, sin percatarse de que todos veíamos sus calzones. Después, cuando iba al baño, empezaba a cantar, y su voz por toda la casa también era una especie de mentira que me impregnó.

¡Oye!, no te dejes engañar por el canto de las sirenas, mi abuela era una mujer descortés. Tenía el pelo ralo y los ojos saltones, solía bambolear el cuello con sus signos de edad y de peso, y tejía una palabra indiscreta que nadie tuvo el coraje de responder, aun cuando quisiera hacerlo. Esto era así porque en sus comentarios, a pesar del mal, también había verdad.

Por esto, desde muy joven respeté a esta dama que era mi abuela, que definitivamente no era del todo humana y que se parecía mucho a un monstruo terrible o una diosa rabiosa. Algo emanaba de su cuerpo y la hacía aún más terrible de lo que era, aunque nunca descubrí qué exactamente.

Mamá, en cambio, era claramente una figura humana y, por lo tanto, un poco patética, rasgo ordinario que heredé de sus genes. A ella le gustaba demasiado hablar de sufrimientos. Sus ojos se llenaban de esa agua que sólo Dios sabe de qué canal proviene, y luego, me contaba cosas malas, como si yo tuviera algo que ver con eso o como si fuera un chiste que no sería capaz de entender. Era más amable que la abuela, pero vivía así, en una constante dualidad entre el sufrimiento y el amor. Y, es necesario decirte que el amor, bueno, el amor nunca ganó un partido.

Ese día en el que estaba sentada en las escaleras, oculta a la vista de cualquier visitante de la casa, mamá me dio un beso en el cuero cabelludo antes de irse a trabajar y expulsó las pocas palabras amables que tenía dentro de sí. También sonrió. Recuerdo que siguió sonriendo hasta que su figura ya no era una figura, al tiempo que yo me quedaba sola. Fue ahí, en este preciso instante, cuando me hundí en la desconfianza.

Mientras me colmo de este sentimiento raro, la abuela atiende a una mujer abajo. Sus palabras vacilantes emiten un acento gracioso, y su lengua apenas puede verse

mientras lucha por ser entendida. Sé que la abuela no está contenta, porque recibirá el pago de la chica en nuestra moneda, que está naturalizada. Yo no sabía qué era naturalizarse, pero sonaba como algo malo, e inmediatamente deseé que no fuera así. En mi casa no había diccionarios, ni Biblias, ni libros, sólo un montón de cuadernos que no me permitían leer porque eran de la abuela. Así que, años después descubrí a qué se refería la abuela con “naturalizarse”.

La mujer naturalizada tiene pelo negro y sus pómulos no existen, por lo que sus ojos se precipitan por una llanura vacía hasta que alcanzan unos labios caídos que la hacen parecer miserable. Me pregunto quién se casaría con una mujer de aspecto tan feo, pero recuerdo que mi madre me castigaría si escuchara eso y me contento con mantener este comentario bien dentro de mí. En ocasiones similares, si tenía muchas ganas, escribía tranquila lo que pensaba, porque mamá no sabía leer.

Ahora me pregunto: ¿será posible que a la abuela le haya importado la belleza? Ella no era una mujer bella. En las fotos juveniles nunca aparece sonriendo, siempre de hombros caídos, ojos bajos y algo raro en sus expresiones. Sin embargo, aunque no tuviera belleza, se notaba en ella una fuerza que envidio y que era incluso desconcertante. Hoy veo eso como un tipo de belleza particular. Al final, creo que la belleza le importaba, porque, cuando venía un cliente feo, se la oía repetir: “Monstrum in fore, monstrum in animo”.

Aunque la mujer de pelo largo y negro y de labios caídos no ha salido de la habitación, estoy segura de que los labios de la abuela se mueven entre las predicciones y el latín. La mujer debe haber escuchado algo que le gustó, porque se levantó sin mover los muslos, eufórica. Lentamente, muy lentamente, su sonrisa se va desvaneciendo como un helado derretido, su iris adquiere un nuevo tono; y, por un instante, puedo ver quién es realmente, a quién no querría exponer y a quién ve por las noches, cuando todavía está despierta después del sexo con su esposo que descansa mientras ella es infeliz.

Otra vez, la sonrisa en la mujer. Ahora me parece evidente que las sonrisas no son más que mentiras generosas, son como un juego de luces y sombras que se revelan mientras ocultan algo. Sí, sí, las sonrisas como abrazos en los que los cuerpos se encajan íntimos, mientras las caras se esconden falsas. El problema es que la sonrisa es una trampa que no se deja notar, es fluida, y todo lo que aparece en el mundo exterior, todo lo que está compuesto de sensaciones caleidoscópicas, se oculta nuevamente antes de que alguien lo perciba. ¿Y qué queda?

La abuela no debe haberse dado cuenta de todo esto, su rostro está inclinado hacia las cartas del mazo. Ella espera y reflexiona, mientras la mujer toma asiento otra vez, más tranquila y sin la felicidad con la que se había levantado. Su único momento sincero está congelando en mi memoria. Cuando la abuela finalmente

levanta la vista, la normalidad se restituye. La mujer que veo esta vez se parece muy poco a la que espíe hace dos minutos, por lo que necesité parpadear para confirmar que era la misma persona y que nadie había ocupado su lugar.

Después de todo esto, me pregunté durante un rato quiénes somos cuando nadie nos mira. Y no importa cuánto tiempo me cuestione esto, aún hoy no encuentro ninguna respuesta satisfactoria para ofrecerle a nadie ni siquiera a mí misma. ¿Quiénes somos? ¿Quiénes somos? ¿Quiénes somos?

En mi cabeza, las sonrisas se unen. La sonrisa de la clienta de la abuela y la sonrisa tan llena del supuesto amor que mamá me dio antes de salir, y que ahora ya no me parece verdad. ¿Cómo sonrío mamá cuando no estoy? ¿Cómo es ella realmente cuando no la veo?

Ya no recuerdo lo que hice después de la inquietante sospecha que me invadió. Por un lapso de tiempo sólo hubo eso, sospechas, y yo no era nada. Supongo que debo haber permanecido sentadita ahí, en las escaleras, hasta la hora de la cena, porque recuerdo el momento en que mamá entra a casa y me sonrío otra vez. Se acerca y me hace un cariño frente al cual no tengo respuesta. ¿Dónde estuvo?

La abuela no tarda en llamarnos para la cena. La comida está dura y necesito masticar muchas veces antes de derrotar los trozos de pollo, trozos casi congelados porque el horno todavía está roto y no tenemos plata para arreglarlo. Mamá me dice que tener dinero es un privilegio, es una oportunidad, probablemente la cosa más importante de la vida. Estaba pensando en esto cuando las voces me devolvieran al mundo.

Otra vez, mamá y la abuela discuten porque no son capaces de hablar. Mamá sirve otra cucharada de arroz en la parte izquierda del plato y se da cuenta de que la estoy mirando descaradamente. Ella amable, casi amable, me dice que hacer eso es algo feo. Pienso que, al final, sólo es feo cuando lo hago yo, porque cuando la veo haciéndolo no hay problema. Pero es eso, uno sólo puede quejarse de lo que nos perturba de los otros y que también es parte de nosotros mismos.

Miro hacia atrás, a la comida, porque el pollo es tan interesante como mamá. Está muerto, pero no hablamos de eso. Estamos comiendo una vida, pero tampoco hablamos de eso. Me pregunto si lloró antes de ser asesinado, pero no estoy convencida de que las gallinas tengan lágrimas o puedan gritar, porque nadie habla de eso. Sólo comemos la muerte y celebramos la vida.

Después de la cena, me siento en la sala de estar para ver televisión con mi abuela, quien de antemano anuncia que debo irme a la cama pronto. Esto no me molesta, la muerte de la gallina y la falsedad de la sonrisa todavía me asaltan con preguntas que no logro formular bien y que, por eso mismo, no me dejan en paz. De hecho, estoy compuesta por pequeñas obsesiones que mi cerebro aún no sabe cómo resolver.

Cuando estoy yendo hacia la habitación, escucho que mamá se afeita y, poco después, puedo ver cómo un vestido ciñe su cuerpo.

Enseguida suena el timbre. Oigo los tacones de mamá perforar el piso de madera viejo. La abuela es solo silencio. Mamá dispensa un beso, mientras me mira desde la puerta y sale sonriendo. Todo esto me parece impropio, de un modo que aún no tengo palabras para aclarar.

Lo que sé es que me gustaría que nadie vea mi sonrisa falsa. Mucho menos, la verdad que se revela cuando la falsedad se desmorona y la tristeza queda ahí en los desbordes. Quiero ser como una heroína de las historias, la heroína cuyo nombre inventé y nadie lo sabe. Quiero todos los juegos de palabras desparramados delante de mí para mi propio entretenimiento.

Cuando la puerta de abajo se cierra, yo escucho las últimas palabras y mi imaginación trata de hacer el trabajo restante. Por la tonada, sé que mamá está saliendo con el señor Álvarez que trabaja en la farmacia. Él no es como los tipos que aparecen en la tele, no tiene promesas ni nada para ofrecerle a mamá. Esos hombres de la televisión me hicieron esperar muchos años sin que nada viniera, porque yo desconocía que ellos no eran reales.

Pero basta, ¿qué podría decir yo? A los ocho, todavía no sé nada sobre el amor. Si bien el amor era un misterio, la sonrisa ya se me había revelado en una tarde de epifanía. El amor era el tacón de mi madre y los hombres sin plata que nunca cruzaron el umbral de la puerta y cuyos rostros nunca conocí, aunque los pueda imaginar.

Finalmente, si sabía algo, si supe algo, era que el amor tenía que ver con las sonrisas y sus generosas mentiras que conocía tan bien, que recibí tan desesperadamente y que seguían alimentando mis noches vacías, cuando usaba tacones altos contra el viejo piso de madera de mi abuela.

LAURA ELIZIA HAUBERT. Estudiante del Doctorado en Filosofía de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Escritora, docente y traductora. Entre sus libros publicados se encuentran: *Memórias de uma vida pequena* (2019), *Sempre o mesmo céu, sempre o mesmo azul* (2017), *Ode às nossas vidas infames* (2015), *Sohuem* (2012), y *Calisto* (2012).

Recibido: 9 de septiembre de 2019

Aprobado: 3 de septiembre de 2020